

sarracenos en la Tierra Santa, de donde había rescatado el Santo Sudario, aquel con el cual piadosamente Arimateo y las Marías habían envuelto a Jesucristo cuando lo descendieron de la Cruz.

Sobre el altar mayor desdoblaron cuidadosamente el fino lienzo, hasta cuando apareció el rostro difuso de un hombre de barba hirsuta cabellos largos ondulados y una expresión de majestad y sufrimiento infinita. Un murmullo de admiración se escuchó en la Catedral, mientras los fieles caían de rodillas clamando al cielo perdón de Dios. Era El, no cabía duda, era la imagen del Salvador que desde ese momento nos la legaba para que presidiera la sala de nuestras casas y la venerásemos.

El único comentario en medio de tanto recogimiento producido por la aparición del Divino Rostro, fue el del Cardenal, quien dirigiéndose al Defensor del Santo Sepulcro le dijo: afortunadamente ya existe la impresión a láser y la fotocopidora a color para que toda la cristiandad conozca el verdadero rostro de Dios.

ESTUVE CONTIGO ESTA MAÑANA

Por: Jerónimo Rivera del Viento

Aquella mañana, el poblado amaneció nublado. Cuando abrió los ojos y miró la luz tenue que entraba por la ventana y, atravesando el pesado cortinaje, vió el manto de rocío que empañaba, como sombra transparente, los vidrios pequeños y rayados del ventanal de maderas que daba contra el bosque que rodeaba la casa. Sintió su cuerpo cálido. Con la palma suave de su mano rozó uno de sus pezones traviesos y un dulce placer erótico invadió su cuerpo. Le pareció que Uribel estaba cerca y hasta sintió su respiración inconfundible. Sus ojos negros, brillantes de deseo le buscaron en su imaginación hasta encontrarlo arriba, cruzando un risco antes de bajar al valle distante, en donde sus labios tibiaron cada centímetro de su piel.

"Quisiera amarlo" y le sintió consigo, en medio de ella, con toda esa fuerza que se volvía obsesión. Quedó silenciosa y no quiso llamar a su hermana que en ese momento iba y venía cerca del baño, antes de tomar la ducha matinal. Su madre, algo dijo allá en el patio. No fué clara la frase, sin embargo su voz trató de subir por

las rendijas de la ventana, para ahogarse con el cacareo de las gallinas que buscaban comida. Pensó en el beso de madrugada que Uribel estampó con fuerza en sus labios, como un sello de la luna que envolvía su cara oculta. Los recuerdos lejanos y distantes de esas noches y esos días, comenzaron a viajar en su mente como el viento cuando baja raudo por la quebrada clara, alegre y tormentosa que guía el camino hacia las tierras frías. Remontó en sus espumas, como la mariposa de energía, buscando el abrazo cálido de quien llegaba a su vida, fresco y tierno, abriéndole emociones desconocidas.

Era una obsesión que necesitaba en su vida. Pensó entonces: "quiero decirte que te amo inmensamente, cada segundo, cada minuto, cada día, cada noche... mi amor por tí se torna más violeta y se ensancha pasando los límites de lo mágico".

Era más intenso lo que sentía. Mucho más que sus enamoramientos pasados y presentes con tantos graciadores que le cortejaron primero en la vereda y después, en la escuela del poblado. Era una emoción permanente que erizaba su piel y le cortaba el aire que respiraba. Al recordarle en cualquier momento, que era casi de siempre, sentía vivir lo indecible. Disfrutaba de la dicha plena.

Le parecía, ahora lejano y sin sentido las emociones fuertes que tuvo con el hombre recio y moreno, vigoroso, que la llevó en un tren que jamás supo hacia donde iba. Fué una tarde calurosa, llena de música y vientos frescos. El la invitó al pueblo vecino y ella aceptó con gusto. Fué una tarde imborrable de su vida. Ahora casi ni la recordaba. Tampoco en verdad le importaba.

La temperatura grata de su piel la envolvió en un sopor. Llevó sus manos suaves abajo del vientre, para

colocarlas cerca de sus genitales deseosos. Recordó cuando le dijo cerca a sus oídos un atardecer aún cercano: "No te imaginas las ganas que me dan de abrazarte, de besarte todo tu cuerpo, de acariciarte y hacer el amor contigo...sólo puedo besarte con mi alma...quiero estar contigo en un lugar mágico, como lo nuestro, amándonos en la naturaleza solo a los ojos de los animales, de las flores y Dios por supuesto!"... Una sonrisa pícara asomó a sus labios y los iris de sus ojos reventaron la imagen de Uribel, para diluirse suave en puntos multicolores. Le vió danzar con el viento, cuando visitaba las flores.

Su imaginación volvió con él. Un "te amo" brotó de su labios mudos. Suspiró una y otra vez, desacompañando el impulso que la dominaba. Le pareció que el día aclaraba con un poco más de luz. Un rayo tenue de sol entró a la alcoba y se fijó cerca de su cama. Alzó su mano y sintió la caricia violácea de Uribel que le acariciaba sus dedos y le llenaba de energía. Recordó su danza aquella noche del encuentro entre sus almas. Entonces le dijo con sus ojos negros y el ritmo de su cuerpo: "Bailo para tí cada vez que miras las aves, danzando al ritmo de toda la naturaleza"...Volvió a adormilarse. Sintió de nuevo que se acercaba a sus labios, con la tibieza de su humedad cálida, para beberse su encanto.

No supo cuanto tiempo pasó, hasta el momento en que su madre entro cariñosa y le beso la frente." Cuánto has dormido, muchacha", le dijo sonriendo. Estas muy bella! No dirás ahora, que anoche dormiste con sobresaltos. No parece!". Ella sonrió y alzó su cara para besar la mejilla de su madre. Le echó los brazos al cuello y le dijo:"En realidad estuve en el cielo. Sabes? Esta mañana vino y me dijo que mi amor y todo lo que sentía, era CELESTIAL. Me siento viva y quiero cantar. Su voz fuerte, tierna, animó una tonada de arrullo:"Te mimo cada vez que sonries, te miro en el espejo, en

todas tus cosas, en todo lo que está a tu alrededor, en toda la naturaleza estoy siempre contigo, porque eres mitad de mi alma". Su madre miró el espejo y el soláceo le hizo cerrar los ojos. La escuchaba comprensiva y alegre. Sonrió. Acercó los labios a su frente, acariciándole con las manos vida, los pómulos calurosos de su hija.

La frescura húmeda y morena de su hermana, atravesó el corredor al salir de la ducha. Su grito fuerte, la hizo refunfuñar. "Al baño!". "Corre, corre, corre hermanita de mi alma. A ver que allá está Uribel esperándote. Vás o no vas?" y sonrió picaresca también mientras le guiñaba el ojo. Con lentitud se desperezó. Se asomó a la ventana corriendo las cortinas. El fresco matinal le pegó en la cara. Miró el paisaje hacia arriba, dibujando con sus ojos el perfil de la cordillera alegre, que ahora se dejaba acariciar por el dorado del sol que había roto la niebla. Sintió en sus ropas su tibieza. Al asomarse un poco más por la ventana, le pareció verle volar allá en el balcón en donde alegraban multicolores, los geranios, pensamientos y conservadoras.

Manizales, febrero 23 de 1.993